

MI ÁNGEL PEPE

¡Hola! Me llamo Ana y os voy a contar mi historia. Por 1950, me fui a una ciudad en busca de trabajo. Estuve sirviendo en una casa durante 4 años hasta que me casé con Pepe y tuvimos 3 hijos.



Trabajamos los dos mucho. Yo monté una tiendecita de barrio en mi casa, la verdad que me iba muy bien, pero tuve que cerrar después de unos años porque tenía que cuidar a mi madre, hasta que

ya falleció.

Mis hijos abrieron un bar y empecé a ayudarles en la cocina y a cuidar de mis nietos. Así hasta que mi marido se jubiló y mis nietos ya me necesitaban menos.



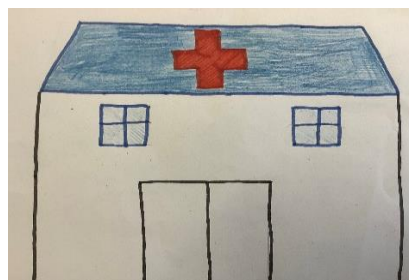
Pepe enfermó y estuvimos 7 largos años entre operaciones, tratamientos e interminables ingresos hasta que murió.

A partir de ahí mis hijos notaron que preguntaba lo mismo varias veces, se me olvidaban las cosas, mezclaba las cosas de los cajones, se me olvida asearme, cambiarme de ropa y lo más importante, tomar mis medicinas para mi diabetes y problemas de corazón.

Una temporada me dio por levantarme de noche y salir en camión por la calle, hasta que una vecina se lo dojo a mi hijo y a partir de ahí mis hijos decidieron que estuviera acompañada siempre.

Empecé a asistir a diario a un centro de Alzheimer a hacer "los deberes", mientras tanto, iba perdiendo mis capacidades.

Llegó el día que tuve que ingresar en una residencia porque mis hijos pensaban que el estar con ellos y acudir al centro no era suficiente para que yo estuviera bien atendida y "controlada" las 24 horas del día.



Fue un momento duro para mi familia porque tenían la sensación de que me dejaban "abandonada", pero sabían que allí me iban a cuidar bien.

Tenía horarios para todo: comidas, paseos, actividades, acostarme, levantarme...

Aunque allí hacía de las mías: me escapé varias veces, me pellizcaba por las noches hasta hacerme heridas...

Se me olvidaba quien era y no reconocía ni a mis hijos ni a mis nietos que iban todos los días a visitarme, unos días unos, otros días otros, otros días coincidían allí todos y parecía que volvíamos a estar todos juntos en casa.

Pero poco a poco la enfermedad se había apoderado de mí.

Me iba apagando poco a poco, no hablaba, no reaccionaba a ningún estímulo, mis horas y mis días los pasaba sentada en un sillón. Me agotaba día a día, mi respiración era cada vez más lenta hasta que una noche dormí tan profundo que no desperté.

Fue un momento muy duro para mi familia, pero sabían que estaba "descansando", que estaba junto a un ángel que me esperaba con los brazos abiertos para continuar nuestra vida juntos, me esperaba "mi Pepe".

